

AC 08 110

Hola, buenas noches, comenzamos una nueva semana y les damos la bienvenida a nuestro programa, el tiempo del curso de acceso directo a la universidad para mayores de 25 años, el CAT. Un día más les acompañaremos durante media hora con informaciones de las distintas asignaturas que conforman este curso. Si no pueden oír o grabar estos programas, deben saber que las emisiones de la UNED se envían a los centros asociados en casete.

En la mayoría de los centros hay un servicio de préstamo a disposición del alumno. Esta noche, introducción a la historia del mundo contemporáneo. Nos acompaña la profesora Lucía Rivas.

Va a hablarnos de las revoluciones industriales y sus consecuencias sociales. ¿A qué llamamos revolución industrial?, ¿cuándo se dio?, ¿cómo y dónde comenzó? A estas preguntas intentaremos contestar esta noche. Hoy vamos a hablar de las revoluciones industriales y de todos los cambios que estas revoluciones provocaron en la sociedad que las realizó.

Nos acompaña la profesora Lucía Rivas. Buenas noches, Lucía. Hola, buenas noches.

¿A qué llamamos revolución industrial? Bueno, con este nombre englobamos todas las innovaciones técnicas que se dieron desde la segunda mitad del siglo XVIII y a lo largo de todo el XIX y que determinaron grandes cambios en el proceso de producción de bienes. Gracias a ellas, se pasó de una producción manual artesanal a otra mecanizada, inaugurando así la era del maquinismo. Ello permitió el paso de una economía estática a otra de crecimiento que transformó enormemente la sociedad.

La revolución industrial, esto tiene que quedarles muy claros, alumnos, el tema que vamos a hablar, ha sido el fenómeno histórico que más decisivamente ha afectado a las formas de vida de la humanidad desde la revolución neolítica, es decir, desde la aparición de la agricultura. ¿Y cuándo se dieron las revoluciones industriales? Bueno, antes de responder a esta pregunta, indicaré lo que siempre se dice en las clases de historia, en el devenir o en el proceso histórico no se dan cortes repentinos o hechos aislados, pues nada ocurre porque sí, todo es debido a algo y tiene unas consecuencias. Pero para hacernos un esquema claro y sencillo, podemos decir que la primera revolución industrial se dio aproximadamente a partir de 1760 hasta mediados del siglo XIX.

Y la segunda revolución industrial, o la segunda fase de la revolución, pues realmente es continuación de la primera, aproximadamente desde 1870 hasta la Primera Guerra Mundial. Pues ya sabemos cuándo, pero ¿cómo y dónde comenzó la revolución industrial? La primera revolución industrial comenzó en Inglaterra y de allí pasó al continente, primero a Francia y luego al resto de Europa. Y confirmando lo que hemos dicho hace un momento sobre la continuidad o sobre la falta de cortes bruscos en la historia, se dio en Inglaterra, porque precisamente allí habían ido apareciendo a lo largo del siglo XVIII, lenta pero progresivamente, las condiciones necesarias para el lanzamiento que se produjo en las últimas décadas.

Estas condiciones fueron, en primer lugar, el desarrollo de la producción agrícola gracias a la explotación científica de la tierra. Con el avance de las técnicas, la agricultura se industrializó, permitiendo, de una parte, suprimir el barbecho y, de otra, la creación de nuevas especies por una selección artificial. De igual modo, mejoraron las especies ganaderas gracias al cruce de ejemplares seleccionados y a la mejor alimentación.

Así, por ejemplo, a lo largo del siglo XVIII, el peso medio del buey en Inglaterra pasó de 350 a 800 libras. Además de los progresos en los resultados, la aplicación de los avances técnicos a la agricultura exigía menos mano de obra, por lo que se produjo un excedente humano que se veía obligado a emigrar del campo a la ciudad en busca de trabajo. También, por esos años, se dieron grandes avances en medicina, lo que, junto a las mayores reservas orgánicas de la población, al estar mejor alimentada, repercutió en el aumento de la esperanza de vida, al poder combatirse mejor las enfermedades.

Ello, unido al aumento del índice de la natalidad, hizo que se produjera, por entonces, un importante crecimiento demográfico. Otro factor que se dio en Inglaterra a lo largo del siglo XVIII y que favoreció a la revolución industrial fue el desarrollo del sistema de comunicaciones, tanto por carretera, gracias al revestimiento de los caminos, como por agua, con la construcción de muelles en los puertos, la apertura de los ríos a la navegación y la construcción de canales. Por último, se desarrolló un sistema financiero que permitió la movilización de capitales en forma de créditos a bajos intereses y facilitó los intercambios mercantiles gracias a un sistema de pagos flexible.

Y, ¿podría explicar esto con más detalle?, pues quizá nuestros alumnos estén poco familiarizados con este lenguaje. Por supuesto. A lo largo del siglo XVIII, los capitales se fueron acumulando y los medios de pago se multiplicaron, pues, de una parte, aumentaron las existencias de metales preciosos y, de otra, se perfeccionaron y difundieron las técnicas financieras.

Respecto a los metales preciosos, gracias al comercio marítimo y colonial que entonces se desarrollaba, Inglaterra, sobre todo, y también Francia y, en menor medida, el occidente europeo, acumularon la mayor parte de la producción mundial de oro y plata en constante aumento. Pero los metales preciosos hubieran sido insuficientes para efectuar los pagos y, de ahí, la importancia que, por ello, adquirió entonces la banca, principal institución de crédito. Creada a partir de la Edad Media en las grandes ciudades del comercio internacional, por ejemplo, Venecia, Génova, Ginebra, Amberes y otras, y desarrollada enormemente por los holandeses en el siglo XVII, éstos la introdujeron en Inglaterra.

Allí se perfeccionó en el siglo XVIII y, posteriormente, entró en Francia y en el resto de Europa. Ciertamente, las técnicas del crédito estaban muy desarrolladas en Inglaterra. Allí, los billetes de banco, los préstamos, las letras de cambio, las rentas, las acciones y el papel moneda, en resumen, los capitales, afluían y permitieron realizar explotaciones agrícolas en el propio país y en las colonias.

Por ello, y por el florecimiento de su comercio marítimo, surgió allí la Revolución Industrial en primer lugar, de un modo espontáneo y sin intervención del Estado, pues éste se limitó a favorecer indirectamente el comercio, la industria y sus técnicas, mediante las aduanas y las guerras marítimas y coloniales. Pero, si bien es cierto que todo lo que acabo de explicar preparó el terreno para que se produjera la Revolución Industrial, no hay duda de que el factor esencial en el impulso inicial fue el desarrollo tecnológico. Y este desarrollo tecnológico se dio en dos vertientes.

En primer lugar, por la aparición de las máquinas y también por la explotación de nuevas fuentes naturales de energía. En cuanto a las máquinas y, en general, todos los inventos técnicos, nacieron de la necesidad de reducir el precio de coste del producto elaborado, pero también buscando la posibilidad de conseguir mayores beneficios. Efectivamente, al principio, todos los inventos técnicos fueron obra de gentes de oficio, artesanos ingeniosos, que conocían los procedimientos técnicos en uso y que sabían, por la práctica, el problema que había que resolver.

Y fueron ellos quienes, poco a poco, con sus conocimientos y su experiencia, realizaron perfeccionamientos sucesivos en el proceso productivo. Estos perfeccionamientos, sumados a los adquiridos por la división del trabajo que se dará con la máquina, especializarán cada vez más a los obreros encargados de la producción. Efectivamente, las máquinas modificaron radicalmente el modo de producción al sustituir a las herramientas.

¿Pero qué diferencia hay entre herramienta y máquina? Las herramientas son un instrumento inerte que depende totalmente del hombre de su habilidad y de su fuerza, mientras que las máquinas son independientes al hombre y constituyen el núcleo del proceso productivo. Y, si bien es cierto que son incapaces de sustituir al hombre en sus diversas actividades, le rebasan ampliamente en determinados procesos, pues multiplican la velocidad y superan la falta de continuidad y control en la aplicación del esfuerzo humano. Por tanto, todo condujo al triunfo de la máquina, que trabaja más rápida que el hombre, a menudo mejor que él y con mucha más precisión.

Así, por ejemplo, en 1776, 10 personas elaboraban cada día 48.000 alfileres, y un siglo más tarde, la máquina producía 180 por minuto, lo que supondría 2 millones para esos 10 obreros. Por ello, el maquinismo y los demás procedimientos técnicos le proporcionaron al Reino Unido una gran superioridad sobre las demás naciones a finales del siglo XVIII. Y respecto a las fuentes de energía, ¿qué cambios se dieron? Respecto a las fuentes de energía, sabemos que hasta la segunda mitad del siglo XVIII, las fuentes naturales explotadas habían sido exclusivamente el viento en molinos y navegación a vela, y las corrientes de los ríos, para molinos hidráulicos y navegación fluvial, además, por supuesto, de la fuerza humana y la animal.

Pero la revolución científica permitió al hombre explotar las múltiples formas de energía natural existentes. Gracias al carbón, el vapor empezó a utilizarse de un modo eficaz con el

descubrimiento de la máquina de vapor de Watt en 1785, y gracias al hierro, la nueva energía encontró enseguida aplicación en el terreno de las comunicaciones con el ferrocarril, surgido de la aplicación de la máquina de vapor al vehículo, es decir, la locomotora, y al raíl. Por tanto, el carbón y el hierro fueron los dos pilares sobre los que se asentó la Revolución Industrial en su primera fase.

Eso es cierto, y, desde luego, el alumno tiene que tenerlo muy claro, un poco es el resumen de toda la Revolución Industrial, la aplicación del carbón y el hierro. Bien, esto respecto a Inglaterra. En cuanto al continente, los adelantos fueron mucho más lentos, en general, por la escasez de capitales que sólo podía aportar el gran comercio marítimo.

Dejando, por tanto, ya de lado a Inglaterra y las Provincias Unidas, en los demás países, la industria se desarrolló gracias a la intervención del Estado, motivada por razones militares. Era conveniente no depender del extranjero y era preciso exportar para reunir el efectivo necesario para la gran política y para debilitar al enemigo mediante la competencia. El Estado intervino otorgando subvenciones, primas y monopolios, estableciendo tarifas aduaneras y empresas oficiales.

Primero fue Francia y, más lentamente, se introdujeron los progresos técnicos en el resto de Europa. Por tanto, parece que la gran revolución técnica que dio a Europa una inmensa superioridad material sobre todos los pueblos del mundo y que le permitió, incluso, atacar las poderosas civilizaciones asiáticas antes de que el mundo, dotado ya de esas técnicas, se volviera contra ella, es debida al espíritu propiamente europeo. Pero, frecuentemente, este espíritu ha sido impulsado por necesidades nacidas al entrar en contacto con los pueblos de ultramar y ha recibido, a menudo, de sus relaciones con dichos pueblos sus medios de acción.

De manera que casi podríamos decir que la revolución financiera e industrial es un aspecto del contacto de Europa con el mundo. ¿Podrías leernos una cita del manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engel? Sí, bueno, es que hay un párrafo del manifiesto que es muy ilustrativo sobre esto que estoy comentando ahora. Entonces, dicen ellos en el manifiesto, empujada por la necesidad de nuevos mercados, la burguesía invade el mundo entero.

Por el rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y de los medios de comunicación, lleva hasta las naciones más bárbaras la corriente de la civilización. Así pues, una cierta clase social, la burguesía, producto de un largo desarrollo de una serie de revoluciones en las formas de producción y de consumo, ha lanzado a Europa a la conquista del mundo. Conquista comercial primero y más tarde industrial.

Aquí es el fin de la cita. Pero Marx y Engels también dicen, el desarrollo de la burguesía, es decir, del capitalismo. De esta manera, cierta estructura, a la vez económica y social, caracteriza a Europa y justifica su expansión antes de ganar América del Norte y otras regiones del mundo y darles un impulso semejante.

¿Y en qué fase de la revolución industrial estamos en este momento? Cronológicamente, ahora,

estamos aproximadamente a mediados del siglo XIX. A mediados de este siglo, se opera una revolución comercial, cuando el capitalismo rompe las trabas que se oponen a la libre circulación de mercancías. Entonces, los productos europeos se expandirán por todo el mundo.

En el siglo XIX sabemos que fue el siglo de las guerras coloniales y Gran Bretaña estuvo, por supuesto, a la cabeza, seguida de Francia. ¿Y qué ocurre a partir de aquí? En esta segunda mitad del siglo XIX, Occidente mostró un progreso extraordinario frente al resto del mundo. Entonces, se produjo la era del raíl.

La construcción de vías férreas movilizó una cantidad fabulosa de capitales y donde no fue obra del Estado, suscitó el nacimiento de poderosos organismos privados y de inmensos talleres de trabajo. El raíl estimuló la industria metalúrgica y dio todo su esplendor a la máquina de vapor. La locomotora hizo progresos decisivos y el vagón ganó en comodidad.

El raíl vivificó enormemente los intercambios comerciales, las empresas que lo utilizaban, las regiones por las que pasaba y los puntos a donde llegaba. Con el raíl, la carretera quedó como un afluente de la línea férrea y servía únicamente para enlazar con la estación, conservando una función de redistribución. Por el mar, el velero alcanzaba su apogeo cuando el vapor empezó a expulsarlo.

Buen navegante y apto para las largas travesías oceánicas, el velero desempeñó un brillante papel hasta finales del siglo XIX. Pero en 1880 fue superado en velocidad por la steamer a vapor y a hélice, la catedral de la edad industrial, como lo calificaba William Morrie. Por ello, la navegación a vela únicamente se mantuvo en numerosos itinerarios para el transporte de cargamentos pesados.

Pero, como decimos, a partir de 1880, la primacía del vapor estaba clara. España ocupó un buen lugar en este campo, pues en 1885, con sus 430 buques de vapor y 1.395 de vela, ocupaba el cuarto lugar mundial. Antes de que termine el siglo, la explotación del petróleo y la electricidad supondrá una importante ampliación de los recursos energéticos.

Con ellos entramos en la segunda fase de la Revolución Industrial, o en lo que conocemos como Segunda Revolución Industrial. Esta Segunda Revolución Industrial se caracteriza por gran desarrollo tecnológico, fuerte industrialización y concentración de capitales. Llegados a este punto, quizá convendría hacer un resumen para que se tengan las ideas claras de todo el proceso.

Bueno, resumiendo, el conjunto de cambios que se dieron en la segunda mitad del siglo XVIII se relacionaron y posibilitaron la aparición de la Revolución Industrial. Se produjo de este modo. Gracias a la aplicación de los descubrimientos científicos a la medicina, se dio un crecimiento demográfico.

Además, los avances técnicos aplicados a la agricultura permitieron un excedente de mano de

obra que hubo de emigrar a buscar trabajo en las industrias. Por último, la aplicación de los avances de la técnica a la industria aumentó ésta y la ampliación de capitales. Consecuencias de lo anterior fueron las concentraciones urbanas y la aparición en ellas de nuevas clases sociales.

¿De qué nuevas clases sociales hablamos? Pues sí, efectivamente, es importante esta pregunta porque hay que aclarar. Si hasta finales del siglo XVIII existió una sociedad llamada Estamental en la que el sector económico dominante era la agricultura, tras la Revolución Francesa en el terreno político y la Revolución Industrial en el económico, la sociedad cambia apareciendo las distintas clases sociales determinadas por los bienes que poseen con el predominio en economía del sector industrial. Gracias al maquinismo, se inicia un nuevo modo de producción, el capitalista.

En él, el antiguo mercader, denominado ahora fabricante, es el dueño de la materia prima, la seda, lana, hierro y otros productos, de los medios de producción como la fábrica, máquinas y utensilios, de los modelos y de los productos fabricados. Mientras que el obrero únicamente es dueño de su fuerza de trabajo que vende a cambio de un salario. Por tanto, a partir de ahora, empezamos a utilizar dos nombres nuevos que definen a dos grupos sociales nuevos.

El empresario, dueño de los medios de producción y de los productos fabricados, y el proletario u obrero asalariado. Este proviene del antiguo artesano que se convierte de industrial independiente en obrero asalariado o del campesino que dejó el campo para buscar trabajo en las fábricas. Los campesinos, efectivamente, en esta época, llegaron por miles y millones a las ciudades en busca de trabajo y se encontraron con una forma de vida degradante.

La instalación de la nueva mano de obra en unas ciudades sin condiciones dio lugar a su hacinamiento. La falta de condiciones sanitarias creaba el caldo de cultivo para las enfermedades. Las jornadas de trabajo eran de hasta 14 a 16 horas y los jornales eran pequeños, sobre todo para las mujeres y los niños que, a veces, trabajaban desde los cinco años.

Parece que con la fábrica aumenta la producción, pero también parece que trae consigo una serie de consecuencias bastante negativas. Sí, efectivamente, se dan muchas consecuencias negativas que van a afectar, sobre todo, en lo que estamos analizando ahora, que es la sociedad. En primer lugar, se produce la deshumanización del trabajo.

La descomposición analítica de las distintas operaciones del proceso de producción, lo que llamamos división del trabajo, para aplicar en una o varias de ellas las posibilidades de la máquina, provocó la consiguiente inadecuación del artesano al nuevo trabajo. Además, con las máquinas es posible sustituir el trabajo del artesano y, en general, el trabajo especializado por el más económico de las mujeres y los niños, cuya carencia de fuerza y habilidad suple la máquina. Por otra parte, el tamaño y el costo de la máquina impide que el artesano conserve la propiedad de los medios de producción que pasan a manos del empresario capitalista, produciéndose el tránsito del taller a la fábrica, lo que determina un sensible empeoramiento de las condiciones laborales.

Sobre este aspecto del maquinismo, les voy a leer de nuevo un párrafo de la obra de Carlos Marx, ahora del Capital, muy ilustrativo. En la manufactura y en el oficio, el obrero se sirve de la herramienta. En la fábrica, sirve a la máquina.

En los dos primeros casos, el movimiento del medio de trabajo dimana del obrero, mientras que en el último, es el obrero quien tiene que seguir el movimiento. En la manufactura, los obreros son miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica, existe un mecanismo independiente de ellos, al cual se incorporan como secuela viva.

El triste tormento de un trabajo infinito, que repite siempre el mismo proceso mecánico, se asemeja al trabajo de Sísifo. El peso del trabajo cae, lo mismo que la roca, constantemente sobre el obrero extenuado. El trabajo mecánico, a la par que mantiene en tensión extrema el sistema nervioso, coarte el juego total del sistema muscular y cohibe toda actividad corporal y espiritual.

El mismo alivio de trabajo se convierte en instrumento de tortura, puesto que la máquina no libera al obrero del trabajo, sino que vacía al trabajo de contenido. Toda producción capitalista, que sea no solo proceso de trabajo, sino a la vez proceso de incremento del capital, tiene como característica común el que no es el obrero quien aplica la condición del trabajo, sino que es, a la inversa, la condición del trabajo quien aplica al obrero. Pero solo con la introducción de la maquinaria adquiere esta inversión técnica una realidad palmaria.

Fin de la cita. Por último, la competencia de la producción maquinista arruina al artesano, que se ve forzado a desplazarse en busca de la fábrica, convirtiéndose en un proletario desarraigado de su contexto social originario y obligado a vivir en el suburbio, al lado de las máquinas, por razones de economía de alojamiento y desplazamiento. Todo ello es debido a que las grandes empresas no pueden funcionar sin movilizar las masas que poseen la fuerza de su propio trabajo para vender.

El vasto éxodo del campo permite el reclutamiento del ejército de asalariados. Por tanto, el asalariado es inherente al régimen capitalista, porque este considera la fuerza del trabajo como una mercancía sometida a la ley de la oferta y la demanda. En este nuevo sistema, la utilización de máquinas se convierte en la decisiva realidad económica.

Sí, efectivamente, y la competencia propia de la economía de mercado determina la aparición de un sistema capitalista de producción en dos aspectos fundamentales. Primero, la parte del capital fijo aumenta, obligando a inversiones crecientes que superarán la aportación del trabajo, es el capitalismo económico. Es decir, la fábrica implica una importante movilización de riqueza, que creará una creciente demanda de dinero en forma de capital, que a su vez hará surgir notables diferencias entre empresas y países en virtud del capital industrial de que disponen.

En base a esto, se darán ya los países capitalistas y los países subdesarrollados. Segundo, la apropiación privada del capital industrial, dadas las peculiares condiciones del trabajo fabril y

de la economía de mercado libre de trabajo, da origen al sistema capitalista. Hablamos ahora del capitalismo social, que a su vez provoca la lucha de clases.

A este respecto, de nuevo debo leer un texto ahora del Partido Socialista Obrero, ante la Comisión de Reformas Sociales, que dice, supeditado económica y políticamente se hallaba el esclavo, supeditado económica y políticamente se hallaba el siervo, supeditado económica y políticamente se halla el trabajador. Los obreros de hoy, hablamos del 1884, y ellos lo saben y los que no lo saben lo sienten, son esclavos, son siervos, a quienes se envuelve hipócritamente en una ilusión de libertad. Afirma, pues, en primer término nuestra ignorancia obrera, que la clase trabajadora está dominada económica y políticamente por la clase poseyente.

Demuéstrenos, si puede, la sabiduría burguesa, que esta doble dominación no existe. Demuéstrenos que política y económicamente somos iguales a los que para vivir no tienen que vender a diario y bajo pena de muerte su fuerza de trabajo, sino que, al contrario, viven de la compra de esa fuerza y de la apropiación del beneficio de su potencia creadora. Pues bien, de esa doble supeditación, que nadie de buena fe puede negar, ni aun aquellos que de ella se benefician, de la condición social de la clase trabajadora, durante esta nueva etapa de su opresión que se llama salariado, dependen todos sus males colectivos y la mayor parte de sus males individuales.

De ese estado nacen, no ya las asperezas y amenazas de conflicto, sino el insalvable antagonismo entre trabajadores y burgueses. Por tanto, las relaciones de producción que aparecen con el maquinismo, agravadas por las duras condiciones de vida de los albores de la Revolución Industrial, condujeron al obrero a un grado cada vez mayor de alienación, provocando profundas transformaciones en la mentalidad colectiva y un aumento progresivo de la conflictividad social. Efectivamente, hubo otros efectos de la Revolución Industrial en la sociedad del momento, aparte del movimiento obrero del que hemos hablado.

Muy sintéticamente vamos a analizarlos, dando una panorámica global y resumida de la situación de cada una de las clases sociales o de los grupos sociales que entonces aparecieron o cambiaron de estatus. La nobleza perdió influencia social y su capacidad para seguir siendo la clase dirigente. Por su parte, la burguesía progresó económicamente, dándose, por un lado, un aumento grande de la clase media y apareciendo la categoría de empresarios medios a partir de la burguesía modesta de los oficios.

Y, por otro, el enorme enriquecimiento de la burguesía industrial y comerciante. Mientras tanto, y durante algún tiempo, numerosos artesanos tradicionales se mantuvieron. Son los que, posteriormente, protagonizarían rebeliones contra la situación.

Finalmente, se dio la concentración de obreros y campesinos en las zonas fabriles, con una situación de desarraigo ya descrita que provocará, posteriormente, la lucha de clases. Será el proletariado cada vez más numeroso y sin más fortuna que su salario. Pues bien, la oposición burguesía-proletariado determinó la dialéctica social en la segunda mitad del siglo XIX.

Cuando el proletariado sintió que pertenecía a un grupo social con problemas e intereses comunes, cuando se concienció de su situación oprimida, se produjo, es decir, comenzó a organizarse en lo que, posteriormente, será conocido como movimiento obrero, que promoverá la asociación de obreros y campesinos para conseguir una mejora de su situación mediante la actividad social primero y política después, de modo que, en la segunda mitad del siglo XIX, este movimiento obrero será una fuerza impulsora de la transformación social. Hoy hemos hablado de las revoluciones industriales y sus consecuencias sociales. En el próximo programa, de Introducción a la Historia del Mundo Contemporáneo, hablaremos de la crisis del antiguo régimen y los orígenes del liberalismo en España.

Y ya nos despedimos. Gracias por su atención y muy buenas noches. Con el curso de acceso, despedimos la programación de la UNED en el día de hoy.

Mañana estaremos de nuevo con todos ustedes en esta misma emisora y a nuestra hora habitual, 8 y media de la tarde, 7 y media, en la Comunidad Canaria. Nuestro primer espacio será el programa de formación del profesorado. Continuaremos con Ingeniería Técnica de Informática.

Después, la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales y, por último, el curso de acceso. Gracias por acompañarnos. Que pasen una feliz noche.